

libros

deutscher: constructor de nuestra memoria histórica

Por Armando Rendón Corona

La obra de Deutscher, editada en español por Era, cuenta hoy con cinco volúmenes, referentes todos a la evolución histórica de la primera revolución socialista y a su desarrollo posterior como Estado, dentro del contexto mundial de otras revoluciones, de dos guerras mundiales y de la lucha mundial entre potencias y entre clases. Cada uno de estos libros son obras notables de estudio histórico y político que muestran vivamente el esfuerzo científico del autor para penetrar la intrincada red de acontecimientos sociales, donde hasta el rasgo más intrascendente cobra exacta proporción en el conjunto del cuadro: los elementos inconexos, las conclusiones superficiales, las afirmaciones infundadas están ausentes en estos cinco libros.

Parte de un profundo conocimiento de lo que estudia, como un seguidor práctico de los acontecimientos, como un actor del drama, como un personaje de la historia, como un militante comprometido que utiliza su experiencia para emprender su trabajo teórico. El historiador, consciente de que las fuerzas en pugna hacían todo lo que estaba a su alcance para borrar los hechos de todos los libros y de todas las mentes (en donde cada uno de los actores trataba de presentar los grandes problemas de tal modo que sirvieran directamente a sus fines), estaba expuesto a utilizar las mentiras y las calumnias como hechos reales. Su empresa era, pues, tanto más difícil cuando que esta sumergido no en un mundo pretérito del que se podía hablar tranquilamente sin afrontar consecuencias presentes, sino precisamente cuando la trama continuaba, cuando algunos personajes estaban vivos (entre ellos, Stalin en el poder). Cuando el choque de las corrientes seguía siendo tan enconado como al principio.

Isaac Deutscher no podía conformarse con la elaboración de unas memorias; realizó un formidable trabajo de investigación documental con las obras y los documentos que guardaban todos los instantes registrados en la historia. Maneja su información con absoluta seriedad profesional, y tiene el valor de abrir por vez primera (con la actitud del que realiza un gran descubrimiento) los archivos de Trotsky, incluida la parte de su testamento que ordenó se hiciera pública hasta el año de 1980. Una cualidad más, entonces: la de conocer documentos originales e inéditos de su personaje central. La minuciosidad de su investigación y la

limpieza del trabajo constituyen una garantía de la honestidad de sus referencias y de sus citas. Todo esto tiene que decirse porque la polémica no ha terminado y sentimos la obligación de dar nuestro punto de vista sobre el trabajo de investigación propiamente dicho; adelante comentaremos el contenido mismo de la obra que de no haber sido una historia real y verdadera, bien pudo ser una hermosa novela clásica.

El tercer volumen de la monumental biografía de León Trotsky nos sitúa en la época en que ha sido expulsado de la Unión Soviética, a bordo de un pequeño barco que se dirige a la Turquía del déspota Kemal Pashá. En los dos tomos anteriores —el primero de 1879 a 1921, el segundo de esta fecha hasta su destierro en febrero de 1929— Trotsky es un hombre que se desarrolla en el centro de los acontecimientos más importantes de su vida.

En su juventud, participa en la creación de los grupos que dieron origen al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), trabaja en la clandestinidad, bajo el peso de la incesante persecución de la autocracia zarista y al calor del debate ideológico más intenso de la época. Es la época de la creación de un partido marxista, concebido bajo fórmulas nuevas, enfrentado doctrinariamente al llamado marxismo legal y a su variante en la lucha obrera: el economismo. En esta fase se muestra como un elemento vacilante, que no comprende la división que se producía en el joven partido entre la corriente leninista y los viejos marxistas del ala derecha. Desde entonces comienza a sostener contra Lenin su teoría de la revolución permanente, que no aceptaba para la Rusia feudal una revolución burguesa democrático-popular; que afirmaba, por el contrario, que la revolución debía desarrollarse desde la transformación democrático-burguesa hasta la revolución socialista, sin quedarse en la primera fase. La descripción que nos ofrece Deutscher nos muestra a Trotsky sosteniendo puntos de vista inmaduros e inexactos. Posteriormente, cuando la NEP (Nueva Política Económica), tiene que rectificar los pasos dados después de la victoria de la Revolución de Octubre de 1917.

Otro punto de controversia entre Lenin y Trotsky, durante el segundo congreso del POS DR, fue el de la organización y el contenido de la actividad del partido. Le parecía que Lenin se había

sobrepasado en la concepción de un partido monolítico y centralizado en el que veía un pensamiento autoritario y antidemocrático; pensaba que en realidad se trataba de un partido que a la postre suplantaría a la clase obrera, que el comité central sustituiría al partido para finalmente instaurar el régimen personal. No comprendía entonces (cosa que rectifica al actuar ya como bolchevique dentro del partido, después de 1917) que una organización centralizada hacia fuera y democrática hacia dentro era la única forma en que la cabeza del proletariado podía enfrentarse al rígido y formidable poder zarista.

La suya era más bien una concepción amplia y democrática del partido, a la manera de los partidos socialdemócratas europeos que, como organizaciones de masas, tenían una afiliación poco rigurosa y extremadamente abierta, que si en algunos momentos había brindado grandes ventajas, después engendró sus grandes crisis orgánicas y teóricas.

En estas cuestiones, centrales para los revolucionarios rusos, Trotsky polemizaba con una gran deficiencia de argumentos verdaderos, además no se enfrentaba a Lenin en calidad de un dirigente teórico de primera línea; antes de él se encontraban los más prestigiados marxistas rusos, que chocaban contra Lenin con todo el poder de su importancia en tanto fundadores del movimiento revolucionario. Puede afirmarse que aun cuando ya había empezado a escribir sus primeros folletos, era un escritor inmaduro y de poca relevancia.

Los años posteriores —la primera década del siglo y los primeros años de la segunda— se encargaron de consolidar el partido de Lenin demostrando así la objetividad de sus razonamientos. Esta época también es la del profundo distanciamiento de Trotsky con los leninistas cuando estos combatían con vigor a los disidentes.

Al producirse la revolución de 1905-1907, vemos a Trotsky presidiendo el soviét de Petrogrado, lugar que también ocuparía durante la revolución de 1917. En adelante ha de ser uno de los hombres premiantes de la revolución. Aun cuando no desapareció la polémica con Lenin y era uno de sus críticos más airados, no estaba con las corrientes más radicales sino más bien entre los mencheviques vacilantes. Esto tendría sus consecuencias entre sus adversarios leninistas, quienes le reprocharon siempre su pasado antileninista, sus ideas abiertamente discrepantes del partido que posteriormente conquistaría el poder, y con él la verificación del programa elaborado por Lenin.

No puede olvidarse su labor como periodista brillante en la primera guerra mundial, opuesto a la participación del proletariado en la defensa de sus respectivas burguesías nacionales y sirviendo de soporte a una guerra de potencias imperialistas. Acusó —al igual que Lenin, Rosa Luxemburgo y otros marxistas europeos— a los socialdemócratas de social-

imperialistas. Llamaba a convertir la guerra en una revolución proletaria, como lo haría durante la segunda guerra mundial. Si entonces advirtió que la guerra serviría para destruir el capitalismo en los países que lo encabezaban mundialmente, durante la segunda guerra esta visión lo llevaría a concluir que sería su ruina definitiva a nivel mundial, dando lugar a que la revolución desplazara totalmente al "socialismo en un solo país", instaurado por el poder de Stalin, quien había llegado a este lugar por la presión del cerco imperialista y el fracaso de las revoluciones europeas inmediatamente posteriores a la primera guerra.

Fue la revolución de 1917 la que unió a Trotsky con el partido leninista. Como dirigente del soviét de Petrogrado, su defección de los mencheviques fue un paso importante que contribuyó a debilitar a las corrientes de derecha en momentos en que la revolución estaba en ascenso. No es posible ya ocultar que fue un dirigente de primera línea durante la revolución, y que su postura en relación con la toma del poder lo acercó estrechamente a Lenin cuando éste había llamado a la insurrección y había pedido el traslado de todo el poder para los soviets, cuando la mayoría de los miembros del Comité Central no lo habían comprendido y dirigentes como Zinoviev y Kamenev hacían peligrar gravemente esta posibilidad, debido a su indecisión. Tampoco puede negarse que como comisario de guerra fue el organizador del Ejército Rojo y uno de los más eficaces defensores de la naciente república soviética cuando era asaltada por potencias capitalistas y una guerra civil desatada por la contrarrevolución terrateniente y burguesa que estuvo a punto de derribarla. En este periodo, que siguió a la toma del poder y la derrota de la contrarrevolución, se observan algunos puntos de la controversia con Lenin que deben ser investigados cuidadosamente. Uno de ellos se refiere a la naturaleza del nuevo Estado, si siendo una democracia proletaria debía permitir la existencia de partidos políticos distintos al comunista. Otro es la cuestión de si los sindicatos tenían que estar separados del estado. Uno más tiene que ver con la organización descentralizada de las empresas estatales. Finalmente —para no abundar en otros, asimismo importantes— si era correcta su concepción acerca de la socialización de la agricultura y la industrialización socialista.

Deutscher nos plantea la situación separada de la economía y del poder bolchevique con tal objetividad, que el balance que podemos obtener resulta hasta cierto punto claro. El agotamiento económico del país por la revolución y la guerra civil se acompañaba de un debilitamiento de la propia clase obrera y de las otras clases; habiéndose derrotado militar y políticamente a la burguesía y a los terratenientes éstos no habían desaparecido, se conservaba una enorme masa campesina que no se había asimilado a la transformación socialista. Estas páginas dramáticas que escribe Deutscher

nos trasladan a un país hambriento y en ruinas y nos hacen pensar si el comunismo de guerra no engendró a largo plazo las formas que el gobierno stalinista retomara posteriormente.

En esta lucha Lenin, a pesar de la oposición de corrientes izquierdistas, concedió un respiro en la lucha, que se tradujo en un aliento a la economía mercantil y a la empresa privada. Trotsky y Stalin estuvieron de acuerdo con él, pero más tarde se convirtió para el primero en la gran causa de su desplazamiento del poder y de su expatriación.

Muerto Lenin, continuó aplicándose la política de la NEP, y a pesar de que esto fortalecía a la contrarrevolución no podía abandonarse, sin correr el riesgo de que cundiera el hambre más intensamente por toda la extensión de la Unión Soviética y de que se realizaran nuevos intentos contrarrevolucionarios. Seguir fomentando el capitalismo en coexistencia con el sector socializado, sin embargo, estaba dando más ventajas al primero y a la larga los llevaría a intentar la restauración. Una parte de los antiguos bolcheviques, que formaba la mayoría de dirigentes, no se atreve a modificar el rumbo de las cosas. Trotsky apuraba el fortalecimiento del sector socializado de la economía y una gradual colectivización de la tierra; esto se acompañaría con una democratización más amplia en el seno del partido, para dar cabida a opiniones que no podían pulsarse por haberse proscrito a los demás partidos, y naturalmente también se llevaría a las organizaciones de masas.

En ese momento Trotsky es vencido y comienza su declinación en la escena del poder bolchevique. A la postre; sus medidas serían tomadas y sobrepasadas por Stalin. Aun cuando la experiencia de la

política posterior de Stalin demostró que sus proposiciones eran parcialmente justas, el análisis de Deutscher revela que no era posible profundizar la colectivización y la industrialización sin enfrentarse con rudeza con los campesinos ricos y los capitalistas de la NEP, tal como lo sostiene en otra de sus obras, *La Revolución Inconclusa*. La revolución socialista se logró a costa de una alianza con la revolución burguesa; ambas habrán de coexistir, pero llegaría un momento en que el desarrollo de cada una las llevaría a enfrentarse, a provocar otra verdadera revolución que decidiese la suerte de alguna de ellas. En estas condiciones, la democratización sólo podía debilitar a las fuerzas revolucionarias, a ponerlas en desventaja ante la inminencia de este choque.

Las empresas socialistas, tal como lo proponía Trotsky, fueron sometidas a un plan, pero no se descentralizaron; los sindicatos, como lo decía Lenin, eran el soporte de su estado, pero no se cumplió su advertencia de que también deberían operar en cierto modo independientes, para defenderse incluso en contra de él; en vez de ofrecer una apertura a otras opiniones fuera del partido estas fueron perseguidas, y las oposiciones internas —reflejo natural de la lucha de clases— fueron también sometidas.

El choque de las dos revoluciones se produjo, los cambios paulatinos propuestos por Trotsky no tuvieron cabida, la colectivización en el campo se volvió forzosa y violenta. Las recomendaciones que hacía desde el exilio para que se diera marcha atrás en la colectivización, a fin de aminorar el choque con los campesinos, no se cumplieron de modo alguno. Al contrario: continuó la lucha en el campo con más intensidad, aunque con treguas, y el argumento le fue devuelto como cargo. La industrialización se llevó a cabo apresuradamente, se forzó a la clase obrera a imponer el socialismo a costa de la restricción de su propio consumo. En fin, el país logró vencer su atraso secular, y comenzaba a perfilarse como una verdadera potencia militar y económica.

La poderosa fuerza de esta marcha forzada de la historia fue la verdadera causa de la derrota de León Trotsky. Si bien la teoría de Marx asienta en el comunismo el predominio de la sociedad consciente sobre las fuerzas espontáneas e irracionales de la sociedad pre-comunista, esto no incluye de ningún modo la construcción socialista en un país que emerge de un atraso ancestral. Stalin mismo —no puede dejar de pensarse— fue atrapado por ello.

Una afirmación como la anterior pudiera interpretarse como derrotismo histórico, y pudiera también servir de justificación para los excesos del poder centralizado. Lo cierto es que el hombre sigue imprimiendo su huella consciente en la historia, y esta obra de Deutscher lo muestra. Pero el proceso real de la sociedad afectó el pensamiento y la organización de los revolucionarios.



Trotsky, ya en el destierro, enfrascado en una lucha definitiva contra el stalinismo, nunca afirmó que el desarrollo de la URSS se hubiera dirigido bajo Stalin a una auténtica restauración contrarrevolucionaria, y que el Estado soviético hubiera degenerado en un estado burocrático-capitalista. Auguraba, sin embargo, que en esas condiciones hacia allá se encaminaba.

Una parte considerable del trabajo de Deutscher está dedicada a estudiar los problemas internacionales que envolvieron la lucha de Trotsky contra Stalin. Lo esencial de esta discusión reside en la confianza que tenía el creador del Ejército Rojo en la revolución mundial, no podía deslizar esto de su crítica a la situación de la URSS; el socialismo en un solo país le parecía una aberración desde el punto de vista del internacionalismo proletario y de la revolución mundial contemplada por el marxismo. Para el marxismo clásico la revolución, para triunfar en un país, no tiene que darse forzosamente junto a revoluciones paralelas en el plano internacional. Lenin tenía una firme confianza en la revolución mundial, apoyándose en el marxismo clásico, y aun cuando con una mano pactaba la paz de Brest-Litovsk al triunfo de la revolución, con la otra alentaba la revolución en Alemania y en toda Europa.

La política de desarrollo de la revolución mundial fue un elemento presente de manera constante en el partido bolchevique, pero la victoria del socialismo en Rusia añade a esta perspectiva la necesidad de la defensa del primer estado obrero por parte de la clase obrera y de las fuerzas progresistas de todo el mundo. Esto fue algo que conservó Trotsky en sus escritos, aún en el destierro. El desarrollo solitario del socialismo en la URSS, sin que estuviera acompañado por otras revoluciones victoriosas, en medio de un hostigamiento constante de los demás estados, hizo a los soviéticos desplazar la mirada al interior. La existencia objetiva del socialismo en un solo país, tal como lo analiza Deutscher en su biografía de Stalin, no fue producto de ninguna conciencia, sino un hecho ocurrido por la concurrencia de poderosas causas. Pero originó tendencias que convirtieron —bajo el gobierno de Stalin y la presión de la nueva burocracia— al Estado socialista en un factotum de la revolución en otros países.

La tendencia al fortalecimiento interior y el fomento del nacionalismo en la segunda guerra mundial, fueron llevando a la Unión Soviética a supeditar a sus propios intereses los de otros partidos y movimientos. En esto se cometieron verdaderos atropellos y se ocasionaron derrotas que aún permanecen en la oscuridad.

Trotsky emprendió una intensa tarea de crítica y rectificación de la política soviética, en momentos, bastante razonable. Su análisis del fascismo y sus previsiones para derrotarlo antes de que tomara el poder en Alemania demostraron ser

correctos; cuando el fascismo pendía ya sobre el movimiento obrero alemán él planteó el cese de la división de los partidos comunistas y socialdemócratas y una alianza que pudo haber frustrado el triunfo del fascismo. Las potencias occidentales estaban más interesadas en derrotar a la Unión Soviética y al poderoso movimiento obrero europeo que en evitar el ascenso del fascismo al poder. Por ello, la alianza de la socialdemocracia a su burguesías locales parecía dejar solos a los comunistas en su lucha en contra de los fascistas. Los cálculos que hizo Stalin de la situación internacional resultaron erróneos, y lo que era una acusación contra Trotsky se convirtió en línea oficial de la Comintern y los frentes populares fueron tan mal entendidos que sus partidos prácticamente fueron sometidos a los gobiernos demócratas de la burguesía y fueron frustrados los movimientos italiano y francés. Ante aciertos como los anteriores, Trotsky se muestra profundamente equivocado al esperar de los países occidentales cambios que pudieran trastocar la geografía política del mundo. En cambio, después de la segunda guerra mundial, fueron los países subdesarrollados los que salieron a la palestra descubriendo al mundo que los movimientos asiáticos y africanos por la emancipación nacional eran más importantes que las simples esperanzas puestas en el occidente.

Ahora es claro para todos que es en Asia donde se empezó a generar un nuevo movimiento revolucionario: la revolución china fue contundente. Trotsky había tenido respecto a ella pronunciamientos generales valiosos, que denunciaban el pacto del movimiento revolucionario con Shan Kai (Cfr. *El Profeta desarmado*), pero los chinos tenían su propia concepción revolucionaria; si bien aprendieron que la alianza los había conducido a graves fracasos, se rebelaron contra ella por su parte, y concibieron que era desde el campo donde se desarrollaría la revolución. Trotsky, que seguía pensando en el modelo europeo y no confiaba más que en el proletariado urbano, consideraba que estas eran ideas atrasadas. Los acontecimientos lo han juzgado ya; además, la teoría de la revolución permanente no tuvo vigencia y los movimientos en China y Asia se orientaban más por la perspectiva de Lenin, de la revolución democrática popular, en alianza con ciertos sectores de la burguesía para continuar con la transformación hacia el socialismo. Esto no fue entendido así por los trotskistas, y tuvieron un punto débil que añadirse: Asia, África y América Latina se presentaban como una fuerza que no había en la interpretación teórica de Trotsky. El hecho de que la segunda guerra hubiera dejado en momentos sola a la URSS contra Hitler y Occidente, obligó a sus partidarios del mundo a apoyarla incondicionalmente. Trotsky la sometía a una crítica radical al tiempo que la defendía

del fascismo, en una contradicción de evidente difícil solución.

Rusia, marchando a pasos de Gulliver, salió en un tiempo demasiado breve de su atraso y se convirtió bien pronto en una primera potencia. Pero el gigante creció deforme.

La burocracia se origina en los inicios de la revolución (sobre este tema, *El profeta desterrado* contiene ideas sugestivas) y es un sostén que se va tornando paulatinamente en algo imprescindible para el estado; el autoritarismo logra reasentarse sobre costumbres inveteradas y tiene nuevos alcances en las constantes luchas internas. Stalin se equivocó plenamente al declarar que la URSS era ya un Estado plenamente socialista y sin clases en 1930, y sobre este error se levanta otro más grande: el de Jruschov, al anunciar alegremente las vísperas del comunismo.

Las advertencias sobre las “degeneraciones capitalistas” de la burocracia parecen confirmarse con insistencia, y la política internacional soviética, junto con ello, ha sufrido rectificaciones paralelas.

Todos estos comentarios no son sino un tratar de reconstruir bajo nuevas luces una historia que todavía no termina. Los temas que aquí se tratan son de la más diversa índole, dentro de un marco general: la ética, la ciencia política, la teoría de las clases, la estética, etc. Por tanto, los problemas a reconsiderar se vuelven más intrincados a través de nuevas experiencias en otros países.

Deutscher nos enseña el camino del ejercicio pleno de una genuina ciencia histórica, de un compromiso activo y un equilibrio mental que ha integrado brillantemente. Todo ello para lograr que sea posible la apertura de la mente a la verdad, para gritar con insistencia que hay cosas que se nos hacen olvidar, para inducirnos a la meditación, a la vuelta a verificar. Acaso una de las oportunidades apasionantes que nos brinda consiste en pensar si la democracia concreta en organizaciones y Estados socialistas no debe reivindicarse como un principio, que a pesar de sus vicisitudes sigue teniendo una poderosa presencia. A través de *El profeta desterrado* y de los cinco libros en español de Deutscher, nos enfrentamos a aquellas persecuciones, a aquellos fracasos, a los errores catastróficos que nos obligan a pensar seriamente en qué es lo rectificable, qué lo que no debe repetirse.

No podemos decir que esta sea ya la historia, en todo caso es una historia que vivimos todavía en este tiempo. Es una realidad vigente que el hombre actual enfrenta a diario.

Desde cualquier punto de vista, desde cualquier sitio en el cual nos coloquemos para contemplar la obra de Isaac Deutscher, no podemos menos que decir que fue un magnífico, brillante y colosal constructor de nuestra memoria histórica.